

sóla para quienes conocen las claves íntimas de su pensamiento, podría significar cualquier cosa menos el dogma del pecado original, como, por ejemplo, la idea de que la vida humana es un error porque está condenada a desembocar en la nada. En todo caso, en la página 54, tras decir que “entendía el sentido cristiano del pecado, pero no aceptó la solución que el cristianismo receta”, sigue diciendo que se sintió culpable porque el cristianismo la hacía sentirse culpable, pero su culpabilidad no era sincera... Su aceptación de la culpa le fue impuesta. No creo —agrega—, sin embargo, que aceptara culpabilidad por el pecado original”. En fin, ¿en qué quedamos? En la página 107 confiesa que “el pensamiento de Unamuno es muy difícil de descifrar”, y pasa a afirmar que “su obra es necesario analizarla con una mente abierta, libre de prejuicios...”. Lo último es, sin duda, verdad. Por ello es por lo que quienes se acercan a Unamuno, contemplando su obra desde la acera de enfrente, sencillamente no la ven, sino muy deformada. Quienes tal hacen obran con mala fe. Explicar y exponer una obra supone meterse dentro de ella, juzgándola desde sus propios puntos de vista, cosa que Agüero ha querido hacer. No posee todavía la suficiente madurez intelectual para intentarlo con éxito, pero, por lo menos es el suyo un espíritu inquieto y activo, que ha probado el vino añejo, rancio y fuerte, de la curiosidad intelectual.

W. D. JOHNSON

Box 22615  
Texas Women's University  
Denton 76204

JOSÉ M. VINUESA: *Unamuno: persona y sociedad*. Madrid, E. Zero, 1970.

El libro de Vinuesa pretende proseguir los análisis en torno a la ontología de Unamuno, iniciados por François Meyer, en su libro *L'ontologie de Miguel de Unamuno*, derivándolos, por un lado hacia las ideas antropológicas de Unamuno, fundadas en esa ontología, y, por otro, hacia el examen de las relaciones que Unamuno cree descubrir —a la luz de esas ideas— entre el individuo y la sociedad. Se trata de un tomo delgado: un libro de bolsillo, pero es denso el contenido, apretada la exposición. Empieza con una brevísima biografía, pasando luego a hacer ver cómo es de la esencia misma de la conciencia —la vida— humana ser contradictoria: señala el carácter irreductible de la oposición entre vida y razón, entendida ésta como la entiende la razón moderna; describe la polaridad igualmente irreductible que Unamuno cree ver en la vida de la conciencia, es decir, el conflicto entre la conciencia, que lo es del cuerpo, siendo, por tanto, conciencia de límite (ser consciente es cobrar conciencia de límites, de distinciones, etc., saber hasta dónde yo soy yo y dónde empieza el

no-yo) y la conciencia en cuanto apetito de infinitud temporal y espacial, pues toda conciencia es vida, vida que se quiere eterna y que no puede concebirse como no existiendo. El ser mismo del universo puede concebirse —como lo hace Unamuno, sin duda en forma de mito— como una gigantesca lucha entre la conciencia y la materia, entre el *ser* inerte que tiende hacia la nada y el *serse* dinámico de la conciencia, que al volver sobre sí, crea en el ámbito de esa relación refleja una nueva dimensión de ser, irreductible al mero ser inanimado. Vinuesa no nos explica el motivo hondo del dilema en el que se halla metido toda vida consciente, pero sí nos hace ver que es inherente a esa vida la alternativa de aspirar al todo a dejarse ir por la pendiente que lleva hacia la nada del ser inconsciente de la materia. El dilema vital proviene del hecho de que, como veíamos, toda conciencia, a fuer de conciencia individual y, por tanto, de límites, si de hecho pudiera extenderse, más allá de todo límite, hacia lo ilimitado, que es el todo mismo, quedaría suprimida: fundido lo limitado con lo ilimitado, deja de existir como tal.

Así como asistimos en el pensamiento de Unamuno al juego dialéctico que se entabla en el seno de la conciencia —y del ser mismo— entre el todo y la nada, así también vemos cómo concibe el ser del hombre —enfocado desde el punto de vista psicológico— como una tensión bi-polar entre lo que Unamuno denomina la “individualidad” y la “personalidad”. La “individualidad” es el continente individuante, singularizador; la “personalidad” —la persona— es el contenido, es decir, todo aquello que se da —sentimientos, emociones, ideas, conceptos, creencias, etc.— en el ámbito irreal de la conciencia refleja, o sea, del espíritu: o es el contenido, que también nos individualiza, pero en dirección hacia el infinito, porque el espíritu, siendo empíricamente irreal, no tiene, como tal, límites *hacia dentro*. Pero —si bien esto no lo dice Vinuesa— la personalidad, o sea, el espíritu, va adquiriendo bulto, por decirlo así, y vitalidad a medida que entra en contacto con otras personalidades. Gracias a la comunicación —por la palabra hablada y escrita— despiértase la conciencia individual a conciencia de sí: espíritu es tradición, ante todo, lingüística. El espíritu nace del contacto con el espíritu. De suerte que al contraerse la conciencia individual, aislándose de la tradición espiritual en torno suyo, se empobrece y gravita hacia la inercia de la materia. De ahí que un hombre de pocas ideas, de pocas inquietudes y preocupaciones espirituales, aunque posea una fuerte individualidad, carecerá de personalidad. La individualidad es principio de empobrecimiento. A la luz de las ideas ya delineadas, examina Vinuesa el problema de sus consecuencias para la concepción global del hombre, discutiendo, entre otras cosas, la cuestión de la personalidad del hombre concebida como “obra”; el problema a que da origen el que la conciencia humana, por ser refleja, sea como un espejo en el que diversos sujetos, diversos “yos”, se miren, las más de las

veces, como enemigos —¿cuál de nuestros posibles yos es el que ha de predominar?—, el tema de la distinción entre “egoísmo” y “egotismo”; y, en fin, las condiciones necesarias para que haya entre una persona y otra verdadera comunicación, sin la cual no hay personalidad. Este último tópico incluye, desde luego, la aclaración del contraste entre “soledad” y “sociabilidad”.

El libro de Vinuesa es un acierto, sobre todo, porque ha procurado tratar el pensamiento de Unamuno partiendo de los puntos de vista de éste. Es decir, ha procedido Vinuesa con buena fe, lo cual es siempre laudable y, desde luego, mucho más fructífero que el proceder contrario. La exposición peca un poco de superficialidad: no siempre se destacan los resortes íntimos que prestan coherencia y fuerza al pensamiento de Unamuno, pero sería injusto pedir tal cosa, tratándose de un libro de tan pequeño volumen.

W. D. JOHNSON

Box 22615  
Texas Women's University  
Denton 76204

ANDRÉS FRANCO: *El teatro de Unamuno*. Madrid, Insula, 1971.

Es este un libro denso, de apretada trabazón, riguroso en cuanto a la exposición y ameno en su estilo y lenguaje. En él, se analiza la totalidad de la obra dramática de Unamuno: cada una de las producciones dramáticas de Unamuno es objeto de un estudio a fondo, en el que se da cuenta, no sólo de los motivos literarios y el contenido ideológico de la obra, sino de los orígenes espirituales de los mismos, y todo ello va acompañado, en cada caso, de un resumen conciso de la acción dramática. En fin: el estudio que ha hecho Franco puede servir perfectamente de libro de consulta para el teatro de Unamuno. Ya en la nota preliminar observa el autor que si bien “la temática teatral de Unamuno es la misma que la del resto de su obra”..., “el teatro le añade perspectiva, la sitúa en un espectro más amplio”. Lo cual es, desde luego, cierto, pues es en el teatro unamuniano donde mejor se palpa la “conflictividad” —valga el neologismo— del pensamiento “agónico” de don Miguel: en él las ideas encarnan en conciencias humanas, desgarradas por la cruel lucha que entre una y otra idea, entre uno y otro “yo”, se entabla cuando la conciencia se halla invadida por el gran soplo de la pasión, la vital del amor materno, la metafísica de la duda, etc. Según Franco, Unamuno se dedicó al teatro, no solamente por razones económicas, sino que vio en él un púlpito para la realización de la que después ha venido a llamarse su “misión socrática”. Por otra parte, había sido para Unamuno la creación de su primera novela *Paz en la guerra*, precisamente: el paso de la creación ovípara, procedi-